

Deporte y educación

Este año se celebra el AÑO EUROPEO DE LA EDUCACIÓN MEDIANTE EL DEPORTE. En esta revista hemos hecho una aportación al mismo con el escrito del Profesor Carles González sobre un tema de mucha trascendencia educativa como es el de la actuación de los jugadores de fútbol como modelos a imitar, especialmente por parte de los niños. El artículo hace unas propuestas concretas dentro del objetivo general de mejora de la educación mediante el deporte.

En este contexto de celebración y atendiendo la preocupación claramente educativa de esta publicación y su interés por servir a los profesionales de la educación física y del entrenamiento deportivo, queremos sumarnos a aquella aportación con unas reflexiones más generales.

Constatamos, por una parte, el impacto mediático de los Juegos Olímpicos que se han celebrado este mismo año y por la otra, la escasa repercusión que está teniendo la celebración de este “año europeo” en los mismos medios de información. La desproporción es muy grande y pone en evidencia la relevancia social de cada tema. Está claro que los dos temas tocan aspectos diferentes y, además, interesan a diferentes sectores de la sociedad. No obstante, es evidente que la relevancia educativa del deporte se presenta como un tema menor, al lado del deporte espectáculo y de la organización deportiva competitiva, fuertemente ligada a la organización económica y social occidental.

La desproporción en el interés efectivo sobre estos dos aspectos del deporte nos lleva a temas históricos y sociales de fondo, en cuanto a la relación entre el deporte y la cultura. Uno de los temas obvios es que el deporte no es un universo social ideal y aislado, construido sobre valores o comportamientos puros. Tal como han afirmado historiadores y sociólogos, el deporte es sociedad y en él existen los mismos conflictos y contradicciones que en la sociedad que los alberga. Desde esta perspectiva, no es extraño que, por ejemplo, los valores olímpicos de juego limpio, esfuerzo individual y superación, competición y respeto mutuo, y otros, queden completamente enmascarados por la manipulación política de las competiciones –la exaltación nacionalista que gira alrededor de las medallas no deja lugar a dudas– y las muestras de corrupción a nivel de la organización política, administrativa y técnica. Temas como el doping, el amiguismo en la selección de los atletas participantes o las decisiones más que discutibles de algunos jueces o árbitros, se imponen como una realidad que puede llegar a ahogar la gracia y el respeto que nos merecen, de entrada, las actuaciones de los atletas y los deportistas en general.

Creemos oportuno comentar una situación vivida personalmente en Olímpia, en una reunión de directores de centros de educación física y deportes, antes de los Juegos de Barcelona 92'. De forma congruente con los intereses de la Academia Olímpica, se propuso, en una sesión de trabajo, un acercamiento del olimpismo hacia valores más educativos, apartándolo de los intereses comerciales que aparecían como fundamentales en la organización de aquel movimiento social. Una propuesta como esta debería haber sido bien recibida, entre otras razones porque casaba con el ideario olímpico y, además, era inofensiva. La reacción vehemente, e incluso violenta, de un representante de un país occidental, que amenazó con no incorporarse a un consejo de notables de aquella organización si prosperaba la idea, sorprendió y obligó a reflexionar a los presentes.

Aparte de la anécdota, creo que es legítimo pensar que la organización política y económica occidental impone al deporte unos valores que no solamente se alejan de los valores del olimpismo, sino que entran en contradicción con los valores educativos, teóricamente tan asumidos, como son los de la salud a nivel fisiológico o la autonomía y honestidad a nivel de conciencia individual. Han aparecido diferentes escritos en los periódicos sobre este tema, a raíz de las incidencias de los recientes Juegos de Atenas.

Frente a esta realidad social están los educadores y entrenadores que se ocupan de los que practican actividad física y deporte, a todas las edades y en diferentes ámbitos. Están como profesionales que, incluso dándose cuenta de todo lo que sucede en el “deporte-espectáculo”, saben que existe un universo de actividad profesional diferente y necesario para el conjunto de los ciudadanos. Es el universo de la actividad física y deportiva que los individuos realizan como actores y no como espectadores. Este es el universo que les preocupa principalmente. Hay que decir que, en este ámbito, sí que existe la posibilidad de desarrollar un programa educativo construido sobre valores que son favorables a la salud y al bienestar de los individuos. Esta es su preocupación y su tarea.

Ello no obstante, el deporte que se magnifica por su presencia abrumadora en los medios audiovisuales y que llena las horas de ocio de la gente, persiste. Los profesionales de la actividad física y el deporte necesitan, por tanto, posicionarse sobre esta realidad y las polémicas que ello genera, aunque sólo sea a requerimiento de la gente que les conoce. Además, muchos de ellos tienen cargos en la organización deportiva que implican aspectos que les desagradan, les frustran o que tienen que soportar. En este punto es cuando se hace necesario distinguir entre aquello que es ámbito de actuación educativa o ámbito de actuación política. El educador físico y deportivo y el propio entrenador o técnico deportivo tienen un ámbito de actuación claro, que es la formación individual en las habilidades físicas y deportivas, incluidos los desarrollos técnicos y tácticos del deporte más competitivo. Corresponde al político, en cambio, preocuparse por una organización deportiva favorable a los ideales y a los objetivos que socialmente se hayan podido establecer y velar por el papel que el deporte asume en la vida de las comunidades humanas.

Hay que decir, en todo caso, que aunque los educadores y los entrenadores no sean los responsables de la organización deportiva y de la preeminencia de determinadas concepciones del deporte en el ámbito social, sí que lo son, en cambio, de la formación individual en cuanto al conocimiento de la realidad de la organización deportiva, de su complejidad y de sus contradicciones, y de la manera como la organización política o social general le afecta. Los educadores y los entrenadores, por decirlo de alguna manera, no son los que han de planificar y ejecutar el cambio social en lo que se refiere al deporte, pero sí son los que han de facilitar y promocionar el conocimiento objetivo, el espíritu crítico y la interpretación más rigurosa de los acontecimientos que regularmente ocupan los medios audiovisuales. Se trata, en definitiva, de admitir y asumir que educar no es solamente formar a la persona, sino también preparar al ciudadano.

JOSEP ROCA BALASCH